

SEGUNDA PARTE

I

Al llegar la primavera, López de Sosa, el «intrépido *sportman*», según le llamaba Cotoner, presentábase todas las tardes en el hotel de Renovales.

Fuera de la verja quedaba el automóvil de cuarenta caballos, su última adquisición, de la que hablaba con orgullo; un vehículo enorme, charolado de verde, que avanzaba y retrocedía bajo la mano del *chauffer* mientras el dueño cruzaba el jardín de la casa del pintor.

Renovales le veía entrar en su estudio, vestido de azul, con una gorra de visera brillante sobre los ojos, afectando el aire resuelto de un marino ó de un explorador.

—Buenas tardes, don Mariano. Vengo por las señoras.

Y bajaba Milita envuelta hasta los pies en un gabán gris; cubriendo su cabellera con una gorra blanca, en torno de la cual se arrollaba el largo velo azul. Tras ella aparecía la madre, vestida del mismo modo, pequeña é insignificante al lado de aquella muchacha que parecía abrumarla con su salud y su gallardía.

Renovales elogiaba mucho estos paseos. Josefina se quejaba de las piernas; una repentina debilidad la hacía algunas veces permanecer en un sillón días enteros. Refractaria á todo movimiento, le gustaba correr inmóvil en aquel carruaje que devoraba las distancias, llegando á puntos lejanos de Madrid, sin esfuerzo alguno, como si no se hubiera movido de su casa.

—Divertirse mucho—decía el pintor con cierta alegría al quedar solo, completamente solo, sin la inquietud de percibir cerca de él la hostilidad conyugal.—A usted se las confío, Rafaelito, nada de locuras, ¿eh?

Y Rafaelito esbozaba un gesto de protesta como escandalizado de que alguien pudiese dudar de su pericia. Con él no había cuidado.

—¿Y usted no viene, don Mariano? Deje usted los pinceles. No vamos más que al Pardo.

El pintor se excusaba; tenía mucho que hacer. Estaba enterado de lo que era aquello y no le placía ir tan aprisa. Le disgustaba tragarse el espacio con los ojos casi cerrados, no viendo apenas la campiña esfumada por la velocidad, entre nubes de polvo y piedra machacada. Prefería contemplar el paisaje tranquilamente, sin prisa, con la calma reflexiva del que estudia. Además era refractario á lo que no fuese de su tiempo; iba para viejo y estas novedades estupidas no le iban.

—Adiós, papá.

Milita, levantándose el velo, avanzaba sus labios

rojos y sensuales, mostrando al sonreír su dentadura nítida. Después de este beso venía el otro, ceremonioso, frío, cambiado con la indiferencia de la costumbre, sin más novedad que la de huir su boca Josefina como si quisiera evitar todo contacto íntimo.

Salían los tres, apoyándose la madre en el brazo de Rafaelito, con cierta pereza, como si apenas pudiese arrastrar su flaco cuerpo y con una palidez que no animaba el más leve arrebol de la circulación de la sangre.

Al quedar solo en su estudio experimentaba Renovales la alegría de un muchacho en asueto. Trabajaba con mayor ligereza, cantaba á gritos complaciéndose en escuchar los ecos que despertaba su voz en las sonoras naves. Muchas veces, al entrar Cotoner, le sorprendía entonando con impúdica serenidad alguna de las canciones licenciosas que había aprendido en Roma, y el pintor de los Papas, sonriente como un fauno, le hacía coro, aplaudiendo al final estas picardías de estudio.

Tekli, el húngaro, que algunas tardes les acompañaba, había partido para su país con su copia de *Las Meninas*, después de llevarse las manos de Renovales varias veces al corazón, con grandes extremos afectuosos, llamándole *maestrone*. El retrato de la condesa de Alberca ya no estaba en el estudio. Rodeado de un marco corruscante, exhibíase en el salón de la ilustre dama, recibiendo la adoración de su tertulia de admiradores.

Algunas tardes, después que las señoras abandonaban el estudio y se alejaba el sordo rodar del automóvil con grandes mugidos de bocina, el maestro y su amigo hablaban de López de Sosa. Un buen muchacho, algo tonto, pero excelente persona. Este era el juicio de Renovales y su viejo amigo. Estaba orgulloso de sus bigotes, que le daban cierto parecido con el emperador alemán, y al sentarse tenía buen cuidado de exhibir sus manos, poniéndolas en evidencia sobre las rodillas, para que apreciaran todos su vigorosa enormidad, sus salientes venas, y sus dedos fuertes, con una ingenua satisfacción de cavador. Su conversación giraba siempre en torno de empresas vigorosas, y ante los dos artistas pavoneábase como si perteneciese á otra raza, hablando de sus hazañas de esgrimidor, de sus triunfos en los asaltos, de los kilos que levantaba sin el más leve esfuerzo, de las sillas que podía saltar sin rozarlas siquiera. Muchas veces interrumpía á los dos pintores cuando elogiaban á los grandes maestros del arte, para comunicarles el último triunfo de cualquier automovilista célebre en la conquista de la disputada copa. Sabía de memoria los nombres de todos los campeones europeos que habían alcanzado el laurel de la inmortalidad, corriendo, saltando, matando pichones, dándose patadas ó manejando hieffos.

Renovales le había visto entrar en su estudio una tarde, trémulo de emoción, con los ojos brillantes, mostrándole un telegrama.

—Don Mariano, ya tengo un *Mercedes*. Me avisan su envío.

El pintor hizo un gesto de ignorancia. ¿Quién era aquel sujeto que llevaba un nombre femenil? Y el elegante Rafaelito sonrió con lástima.

—La mejor marca; *Mercedes*, superior á *Panard*; eso todo el mundo lo sabe. Fabricación alemana; unos sesenta mil francos. No habrá otro en Madrid.

—Pues que sea enhorabuena.

Y el artista, después de encogerse de hombros, siguió pintando.

López de Sosa era rico. Su padre, un antiguo fabricante de conservas, le había dejado una fortuna que administraba prudentemente, no jugando (eso jamás); no manteniendo queridas (le faltaba tiempo para tales superfluidades); sin otro placer que los *sports*, que fortalecen el cuerpo. Tenía una cochera para él sólo, donde albergaba los carruajes de tiro y los automóviles, mostrándolos á los amigos con una satisfacción de artista. Era su museo. Además poseía varios troncos de caballos, pues las aficiones modernas no le hacían olvidar sus antiguos gustos, y tomaba tan á pechos sus méritos de automovilista como sus pasadas glorias de cochero. De tarde en tarde, en los días de gran corrida de toros, ó cuando se celebraban en el Hipódromo carreras sensacionales, alcanzaba un triunfo de pescante, guiando seis jacas llenas de borlas y cascabeles, que parecían pregonar con su estrepitosa marcha la gloria y la riqueza de su dueño.

Enorgulleciase de su vida virtuosa, sin una calaverada, sin un amorcillo, dedicada por entero al *sport* y la ostentación. Sus rentas eran inferiores á los gastos. El numeroso personal de la cuadra-garage, los caballos, la gasolina y los adornos de su persona, devoraban una parte de su capital. Pero López de Sosa manteníase impávido en este principio de ruina, que no pasaba inadvertido para él, muchacho juicioso y excelente administrador en medio de su despilfarro. Era la calaverada de su juventud; ya limitaría sus gastos cuando se casase. Dedicado por las noches á la lectura, no pudiendo dormir tranquilamente si no ojeaba antes sus clásicos (periódicos de *sport*, catálogos de automóviles, etc.), todos los meses hacia nuevas adquisiciones en el extranjero, girando miles y miles de francos y lamentándose como un hombre serio de la alza de los cambios, de los exorbitantes derechos de aduanas, de la torpeza de estos malos gobiernos, que ponen trabas al adelanto del país. Cada automóvil aumentaba considerablemente su precio al pasar la frontera. ¡Y después de esto, aún pedían los políticos progreso y regeneración!...

Había sido educado por los padres de la Compañía en la Universidad de Deusto y tenía su título de abogado. Mas no por esto era devoto. El era liberal; amaba lo moderno. Nada de fanatismos ni hipocresías. Había dicho adiós para siempre á los buenos padres, así que murió el suyo, que era entusiasta de ellos; pero les conservaba cierto respeto

por haber sido sus maestros y reconocía en ellos unos grandes sabios. Pero la vida moderna era otra cosa; él leía con entera libertad; leía mucho, tenía en su casa una biblioteca, compuesta lo menos de un centenar de novelas francesas. Adquiría todos los volúmenes que llegaban de París, con una hembra puesta al fresco en la cubierta, y en cuyo interior, so pretexto de relatar las costumbres griegas, romanas ó egipcias, se encontraban un sinnúmero de buenas mozas en pelota ó efebos al natural, sin otros adornos de civilización que las cintas y gorros que cubrían sus cabezas.

Pedía libertad, mucha libertad; pero los hombres estaban divididos para él en dos castas: las personas decentes y las que no lo son. Entre los primeros figuraban en masa todos los muchachos de la Gran Peña, los viejos del Casino, con algunos de los personajes cuyos nombres figuraban en los periódicos, signo indiscutible de su valer. El resto era la canalla que lo llenaba todo; despreciable y cursi en las calles de las ciudades; repugnante y antipática en los caminos; la que insultaba con toda la grosería de su mala crianza y lanzaba amenazas de muerte, cuando un chicuelo venía á colocarse bajo las ruedas del automóvil con la maligna intención de dejarse aplastar metiendo en un conflicto á una persona decente, ó cuando alguna blusa blanca, haciéndose la sorda á los llamamientos de la bocina, no quería apartarse y se sentía alcanzada... como si un hombre que gana dos pesetas quisiera ser superior á

las máquinas que cuestan muchos miles de francos. ¡Qué hacer de un pueblo tan ignorante y ordinario! ¡Y aún hablaban algunos miserables de derechos y revoluciones!...

Cotoner, que cuidaba su trajecillo con inauditas fatigas manteniéndolo presentable para sus visitas y comilonas, preguntaba á López de Sosa con cierto asombro sobre los progresos de su vestuario.

—¿Cuántas corbatas tiene usted ahora, Rafael?

Unas setecientas: las había contado recientemente. Y avergonzado de no poseer todavía el ansiado millar, hablaba de surtirse en su próximo viaje á Londres, cuando se disputaran la copa los primeros automovilistas británicos. Sus botas las recibía de París, pero las fabricaba un zapatero de Suecia, el mismo que calzaba á Eduardo de Inglaterra; los pantalones los contaba por docenas y nunca se ponía uno más allá de ocho ó diez veces; la ropa blanca pasaba á poder de su ayuda de cámara apenas usada; sus sombreros eran todos londonienses. Se hacía por año ocho levitas que envejecían muchas veces sin llegar al estreno: las tenía de varios colores, con arreglo á las circunstancias y las horas en que debía usarlas. Una especial, de largos faldones y un negro mate, sombrío y austero, copiada de las ilustraciones extranjeras que representaban desafíos, era su uniforme de los momentos solemnes, la que vestía cuando algún amigo le buscaba en la Peña para que le asistiese y representase, con su pericia de hombre escrupuloso en asuntos de honor.

Su sastre admiraba su talento, su magistral golpe de vista para escoger las telas y decidir el corte entre los innumerables figurines. Total, que invertía unos cinco mil duros por año en sus trajes, y decía con sencillez á los dos artistas:

—¡Qué menos puede gastar una persona decente para estar presentable!...

López de Sosa visitaba la casa de Renovales como amigo después de haberle pintado éste su retrato. A pesar de sus automóviles, de sus trajes y de escoger sus relaciones entre las gentes que ostentaban títulos nobiliarios, no conseguía echar raíces en lo que él llamaba gran mundo. Sabía que á sus espaldas le designaban con el apodo de «Bonito en escabeche», aludiendo á las fabricaciones paternas, y que las señoritas que le tenían por amigo rebelábanse ante la idea de casarse con el «chico de las conservas», que era otro de sus falsos nombres. La amistad de Renovales fué para él un motivo de orgullo.

Había solicitado que hiciese su retrato, pagándolo sin regate, para que figurase en la Exposición; una manera de distinguirse como cualquiera otra, de introducir su insignificancia entre los hombres de alguna celebridad pintados por el artista. Después intimó con el maestro, hablando en todas partes de su «amigo Renovales», con cierta llaneza, como si fuese un camarada que no podía vivir sin él. Esto le realizaba mucho ante sus conocimientos. Además, sentía una admiración ingénuo por el maestro desde una tarde en que algo fatigado por el

relato de sus hazañas de esgrimidor, abandonó los pinceles, y descolgando unas espadas viejas, tiró con él varios asaltos. ¡Vaya con don Mariano! ¡Y cómo se traía sus cositas aprendidas allá en Roma!...

Frecuentando el hotel del artista, acabó por sentirse impulsado hacia Milita: vió en ella la mujer deseada para su matrimonio. A falta de más sonoros títulos, ser yerno de Renovales era algo. Además, el pintor gozaba fama de rico; se hablaba de sus enormes ganancias y aún le quedaban por delante muchos años de trabajo para acrecentar esta fortuna que había de ser para su hija.

López de Sosa comenzó á hacer la corte á Milita apelando á sus grandes medios; presentándose cada día con distinto traje, llegando todas las tardes, ya en un carruaje de vistoso tiro, ya en uno de sus automóviles. El elegante muchacho conquistó la tolerancia de la madre, lo que no era poco. Un marido así convenia á su hija. ¡Nada de pintores! Y el pobre Soldevilla en vano arboraba las más vistosas corbatas y exhibía escandalosos chalecos; su rival le aplastaba, y lo que era peor, la señora del maestro, que le tenía antes cierto afecto maternal y le tuteaba por haberle conocido casi un niño, acogíale ahora fríamente, como si desease intimidarle en sus pretensiones sobre Milita.

Esta fluctuaba sonriente y burlona entre ambos adoradores. Lo mismo parecía importarle uno que otro. Desesperaba al pintor, al compañero de su infancia, maltratándole unas veces con sus bromas,

atrayéndolo otras con efusivas intimidades, como en la época que jugaban juntos, y al mismo tiempo elogiaba la elegancia de López de Sosa, reía con él y hasta recelaba Soldevilla que se escribían cartas como si ya fuesen novios.

Renovales celebraba la gracia con que su hija llevaba anhelantes é indecisos en torno de ella á los dos muchachos. Era temible; un chico con faldas, más varonil que sus dos adoradores.

—La conozco, Pepe—decía á Cotoner.—Hay que dejarla hacer su voluntad. El día que se decida por uno ó por otro, habrá que casarla en seguida. No es de las que esperan. Si no la casamos pronto y á gusto, es capaz de escaparse con el novio.

El padre justificaba esta impaciencia de Milita. ¡Pobrecilla! ¡Para lo que veía en su casa! La madre siempre enferma, azorándola con sus llantos, sus gritos y sus crisis nerviosas; el padre trabajando en el estudio, y por toda compañía la antipática *Miss*. Había que dar gracias á López de Sosa porque las sacaba de casa, volviendo Josefina un tanto calmada de estas carreras vertiginosas.

Prefería Renovales á su discípulo. Era casi su hijo, había reñido grandes batallas por darle pensiones y premios. Un tanto disgustadillo le tenía por ciertas menudas infidelidades, pues al verse con cierto nombre, alardeaba de independencia elogiando á espaldas del maestro todo lo que éste creía vituperable. Pero aun así, le agradaba la idea de que pudiese casarse con su hija. El yerno pintor; los nietos pinto-

res; la sangre de Renovales perpetuándose en una dinastía de artistas que llenase la historia con resplandores gloriosos.

—Pero ¡ay, Pepe! Me temo que la niña se irá con el otro. ¡Al fin, mujer! Las hembras sólo aprecian lo que se ve; la gallardía, la juventud.

Y las palabras del maestro denotaban cierta amargura, como si pensase en algo muy distinto de lo que decía.

Después examinaba los méritos de López de Sosa, como si ya se hubiese introducido en la familia.

—Un buen muchacho ¿verdad, Pepe?... Algo imbécil para nosotros; incapaz de hablar diez minutos sin que hostecemos; excelente persona... pero no es de nuestra promoción.

Renovales hablaba con cierto desprecio de la juventud vigorosa, sana y con el cerebro vírgen de todo cultivo, que acababa de asaltar la vida, invadiéndolo todo. ¡Qué gente! Mucha gimnasia, mucha esgrima, patadas á una pelota enorme, mazazos á caballo, carreras locas en automóvil: desde los reyes al último retoño de burgués, todos se lanzaban á esta vida de goces infantiles, como si la misión del hombre solo consistiera en endurecer los músculos, sudar é interesarse en las peripecias de un juego. La actividad huía del cerebro para localizarse en los tentáculos del cuerpo. Eran fuertes, pero la inteligencia permanecía en barbecho, envuelta en una bruma de credulidad infantil. Los nuevos hombres parecían plantarse para siempre en los catorce años;

no iban más allá, satisfechos con las voluptuosidades del movimiento y la fuerza. Muchos de aquellos mocetones eran vírgenes, ó casi vírgenes, á la edad en que en otros tiempos se estaba de vuelta, con el hastío del amor. Ocupados en correr, sin dirección ni objeto, no tenían tiempo ni calma para pensar en la hembra. El amor iba á declararse en huelga, no pudiendo resistir la competencia de los *sports*. Los jóvenes vivían aparte, ellos entre ellos, encontrando en el esfuerzo atlético una satisfacción que les dejaba ahitos y sin curiosidad para los demás placeres de la vida. Eran niños grandes, de puños fuertes: podían luchar con un toro y veían con timidez la aproximación de una mujer. Toda la savia de su vida se escapaba en los ejercicios violentos. La inteligencia parecía haberse aglomerado en sus manos dejando vacío el cráneo. ¿A dónde iba la gente nueva?... Tal vez á formar otra humanidad más sana, más fuerte, sin amor, sin apasionamientos, sin otras aproximaciones que el ciego impulso de la reproducción. Tal vez este culto á la fuerza, esta vida continua de hombres entre hombres, desnudándose en la promiscuidad de los ejercicios, admirando el músculo hinchado y la vigorosidad saliente, se desviara en repugnante aberración y todo ello parase en resucitar los tiempos clásicos con sus atletas que, habituados al desprecio de la mujer, se envilecían imitando sus pasividades.

—Nosotros éramos de otro modo, ¿eh, Pepe?—
decía Renovales guiñando un ojo con expresión ma-

liciosa.—De muchachos cuidábamos menos el cuerpo, pero le dábamos mayores satisfacciones. No éramos tan puros, pero nos preocupaba algo más alto que el automóvil ó la copa de honor: teníamos *ideales*.

Volvía después á hablar de aquel señorito que pretendía introducirse en su familia, y se burlaba de su mentalidad.

—Si Milita se decide por él, yo no me opongo. Lo que importa en estos casos es entenderse. Él es un buen chico; casi podría ir al matrimonio con flores de azahar. Pero no sé si pasada la impresión de la novedad volverá á entregarse á sus aficiones y la pobre Milita sentirá celos de esos artefactos que le comen una parte de la fortuna.

Algunas tardes, antes de que acabase la luz, Renovales despedía al modelo, si es que lo tenía, y abandonaba los pinceles saliendo del estudio. Al volver presentábase con sombrero y gabán.

—Pepe, vamos á dar una vuelta.

Cotoner sabía hasta dónde llegaba esta vuelta.

Seguían la verja del Retiro, bajaban la calle de Alcalá, caminando lentamente entre los grupos de paseantes, algunos de los cuales volvíanse á sus espaldas para señalar al maestro. «Ese más alto es Renovales, el pintor». A los pocos minutos aceleraba el paso Mariano con nerviosa impaciencia, dejaba de hablar, y Cotoner le seguía con gesto malhumorado, cantando entre dientes. Al llegar á la Cibelles ya sabía el viejo pintor que se aproximaban al término del paseo.

—Hasta mañana, Pepe; me voy por aquí. Tengo que ver á la condesa.

Un día no se limitó á esta concisa despedida. Después de alejarse algunos pasos volvió hacia su compañero, para hablarle con cierta vacilación:

—Oye, si Josefina te pregunta á donde voy no digas nada... Ya sé que eres discreto, pero ella es de cuidado. Te digo esto para evitarme explicaciones. Las dos no se llevan bien... ¡Cosas de mujeres!

II

Al principio de la primavera, cuando Madrid creía de buena fe haber entrado en la buena estación y los impacientes sacaban á luz sus sombreros veraniegos, volvió inesperadamente el invierno con un retroceso traidor, entenebreciendo el cielo, cubriendo con una sábana de nieve la tierra resquebrajada por el calor solar, los jardines en los que apuntaban las hojas de la vegetación primaveral y se esparcían las primeras flores.

La chimenea volvió á encenderse en el salón de la de Alberca, buscando su calor todos los señores que formaban su tertulia los días en que la «ilustre condesa» se *quedaba en casa*, no teniendo reunión que presidir ni visitas que hacer.

Renovales, al llegar una tarde, habló con entusiasmo del aspecto que ofrecía la Moncloa cubierta de nieve. Venía de allá; un hermoso espectáculo; el bosque sumido en el silencio invernal, sorprendido por el blanco sudario, cuando comenzaba á crujir con el primer hervor de la savia. ¡Lástima que la manía fotográfica poblase el bosque de tantos buenos señores, que iban de una parte á otra con sus maquinillas, ensuciando la pureza de la nieve!